

# HISTORIAS PARA MUY JÓVENES

Tres historias de corte realista positivo

Aptas para lectores de 5 a 99 años

Por Margarita María Niño Torres

Segunda edición

Año 2023



# HISTORIAS PARA MUY JÓVENES

## ÍNDICE

I. LA CREACIÓN .....	5
----------------------	---

### II. EL CASTILLO ENCANTADO

DE LA PRINCESA ELISA .....	13
----------------------------	----

1. La princesa Elisa descubre su Castillo
2. La princesa Elisa conoce a Gonfi el enano alegre
3. La joven Elisa conoce a Gonfo el enano serio

III. EL TEJEDOR DE CANASTOS .....	31
-----------------------------------	----





## I. LA CREACIÓN

Cuento para todos

Por: Margarita María Niño Torres

Se veían las montañas casi azules reflejadas en el lago. Brotaban las flores y el prado tenía el color de los retoños. Dios estaba contento porque todo era lindo. A Él le gustaba la belleza y esa mañana el mundo relucía de esplendor.

Después de correr de un lado para otro, Dios se sintió cansado y se acostó debajo de una ceiba muy grande en donde se quedó profundamente dormido.



Entonces soñó que había mariposas de todos los colores que volaban por todas partes y pájaros que cantaban en los

árboles, y que muchos peces de escamas cristalinas nadaban en el fondo del lago.

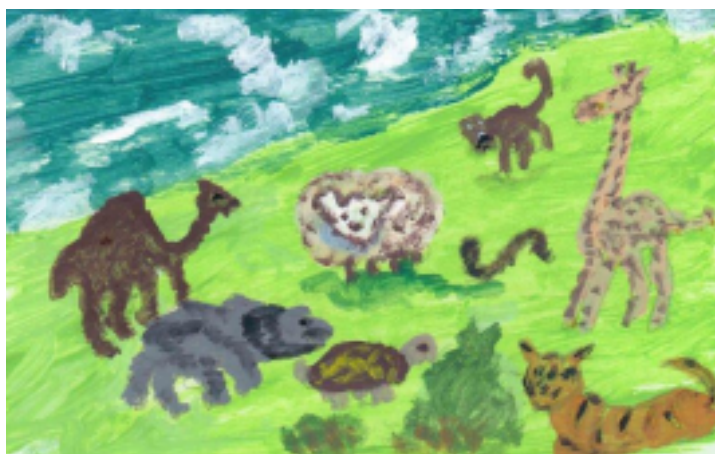


También soñó a las jirafas y a los conejos y a los gatos, y también a los tigres que son gatos más grandes. En su sueño vio correr manadas de ciervos y de elefantes, y monos locos que hacían piruetas en los árboles.

Cuando despertó , el mundo estaba poblado de animales y de ruidos, y Dios se rió al ver que lo que Él había soñado existía en la realidad.

Pasó mucho tiempo en el que Dios estuvo ocupado en conocer y jugar con todos los animales. A los pequeños les enseñó a defenderse de los más fuertes, a los que vivían en el desierto les mostró el camino del agua, a los monos no les

pudo enseñar nada porque no se quedaban quietos ni un minuto.



En todas estas ocupaciones llegó la época de las flores, vino el viento con el perfume y Dios se puso a cantar. Entonces los pájaros cantaron mejor y los demás animales trataban de imitarlos y les salían unos gritos raros pero que ellos entendían. Con el viento les llegó a todos la emoción y se enamoraron. Unos días después empezaron a nacer los chiquitos y Dios saltaba de alegría al verlos.

Cuando Dios quiso que los animales mayores jugaran con los nuevos, ellos no quisieron porque estaban muy ocupados buscando la comida. Fue entonces cuando se le ocurrió la idea: ¿y si hubiera niños para que jugaran con los animalitos?

Dios se fue debajo de la ceiba para ver si se podía dormir. Si soñaba con los niños, seguro que vendrían. Siempre había sido así: las cosas que soñaba aparecían al despertar. Pero no. No soñó nada, casi ni durmió porque un hipopótamo

llenó de barro el sitio donde Él estaba y con la humedad se despertó. Había montoncitos de lodo que se iba secando en donde se había sacudido el visitante.

Entonces Dios, sentado en el suelo y un poco soñoliento todavía, se puso a amasar una bola de barro y dijo para sí: "Voy a hacer un niño de juguete para jugar". Como no tenía práctica le quedó feo: La cara llena de pelos y arrugada; pero así y todo Dios estaba contento con su muñeco y lo puso al sol para que se secara, y mientras tanto le hablaba: "Si te hubiera soñado, sabrías hablar y moverte y reírte. Pero tuve que hacerte de barro y eres tieso y mudo". Entonces se acordó de cuando el viento perfumado hizo emocionar a los animales, y pensó que si soplaba a su niño de barro, a lo mejor lo haría caminar y hasta hablar. Así que le dijo:

"Voy a ensayar a soplarte, a ver si te animas", y tomando impulso contó "uno, dos, y...tres!" y sopló con tanta fuerza que se cayó de espaldas. Cuando se levantó buscó al niño y no lo vio. En su lugar, un hombre casi viejo lo ayudaba a levantarse y le decía: "Buenos días Dios, ¿qué nos ponemos a hacer?".

El hombre parecía bueno pero Dios estaba disgustado. El hubiera preferido un niño. Así que le dijo que fuera a buscar huevos para que se hiciera una tortilla. No quería que empezara a hacer preguntas...

Adán, porque así se llamaba el hombre, se fue, caminó mucho, comió huevos crudos porque no sabía cocinar y, cuando volvió, ya Dios no estaba debajo de la ceiba.

Entonces él se acostó a descansar y se durmió. Llegó Dios al rato y lo vio dormido. "Le voy a cortar esa barba tan fea", dijo, pero se quedó mirándolo y pensando que, aunque feo, como era inteligente y sabía hablar, podía ser su amigo. Ya se estaba haciendo de noche, así que Dios se sentó al lado de Adán para esperar a que despertara y ponerse a conversar. Pero el sueño no lo dejó cumplir su proyecto y así, sentado y con la espalda apoyada en una piedra empezó a soñar.



Debido a la postura incómoda, el sueño de Dios fue muy raro. En lugar de ver el campo y los animales y el cielo, empezó a mirar por dentro del cuerpo de Adán. Le vio los

huesos y los nervios y el corazón y la sangre y una costilla que estaba suelta. "Esto le va a estorbar ahí metido", dijo Dios en su sueño, "voy a sacársela", y la jaló; la costilla se cayó al suelo y se embarró un poco. Dios la limpió muy bien con un cuchillito y se puso a hacer una mujer de hueso. Esa sí le salió bonita, sin barbas ni arrugas.

Entonces, sin despertarse, Dios la sopló como hizo el día en que apareció Adán, y apenas la mujer empezó a moverse Él se despertó, la vio y la dejó al lado del hombre para irse a dormir en otra parte porque la piedra le incomodaba y, además, porque ya no iba a poder charlar cuando Adán se despertara.

A la mañana siguiente despertó Adán y al ver a la mujer que dormía a su lado la llamó y empezó a dar órdenes: "A ver si buscas huevos para que me hagas una tortilla". Como ella, que se llamaba Eva, no había hecho nada, no estaba cansada, así que salió corriendo a obedecer al hombre.



Adán por su parte se fue a buscar con qué construir una casa. Cuando Dios se despertó fue a buscar al hombre y a la mujer y los encontró discutiendo por el sitio para hacer la casa. Dios no se metió en el pleito porque eso no sirve para nada, así que se alejó pensando en que ojalá llegara pronto el viento de las flores.

Volvió la primavera, que es el tiempo en el que todo florece. Entonces Adán y Eva dejaron de pelearse y se enamoraron, como les sucedía también a todos los animales. Dios estaba impaciente porque ya habían nacido los pájaros y los gaticos y los cachorros de la perrita y de las ardillas y nada que nacían los niños.



Al fin nacieron y el hombre llamó a Dios para que los viera y Dios estuvo muy contento ese día.

"Ahora todo está completo", dijo Dios mientras corría mucho para sentir el aire fresco. "Los niños, las niñas..."

"¡Ahora sí tengo amiguitos para salir a jugar y a correr por el campo!"

Fin de

**" LA CREACIÓN "**





## II. EL CASTILLO ENCANTADO DE LA PRINCESA ELISA

Cuentos de la abuela Margarita

*Dedicados a todas la princesas y a los príncipes del mundo maravilloso que solo se deja ver de quienes saben mirar con el ojo de la fantasía y la alegría del corazón.*

Primera Parte

LA PRINCESA ELISA ENCUENTRA SU CASTILLO



Había una vez un castillo que no se dejaba ver de nadie. Era un castillo encantado en el fondo de una roca blanca.

Con el tiempo el viento fue llevando arenas y polvo y la roca blanca se volvió un poco oscura. Pero el castillo seguía ahí y seguía siendo encantado y por eso la gente que miraba hacia allá solo veía la roca, que ya no era tan blanca, con un pequeño río en el fondo.



Un día la princesa Elisa salió de paseo con sus papás, su hermanito y su amiga Eudocia, quien también era princesa.

Llevaban el almuerzo en una canasta y se sentaron a la sombra de un árbol a comer y descansar. Un pequeño río pasaba cerca del lugar.

Eudocia, la amiga de la princesa Elisa, cuando acababan de bajarse del carrito rojo, ya quería que se devolvieran pronto a la ciudad porque a ella no le gustaba el campo.

— ¿Por qué no nos vamos ya para la ciudad? —preguntó Eudocia.

— Pues porque estamos de paseo para descansar del ruido de la ciudad —contestó Elisa.

— Pero aquí no hay nadie que nos admire. Tampoco hay más princesas para jugar —dijo Eudocia.



— Bueno, vamos a hacer un juego. Vamos a contar los pájaros que veamos y cuando lleguemos a mil, yo le digo a mi papi que nos devolvamos —dijo Elisa que sabía que mil pájaros eran muchos pájaros y que así se estarían más tiempo en el campo que a ella sí le gustaba mucho.

— Está bien —Dijo Eudocia, que no sabía cuántos pájaros eran mil pájaros.

Empezaron a contar y a correr de un lado para otro a ver si veían nuevos pájaros. Así pasó mucho rato y ambas se sentaron a descansar debajo de un árbol chiquito que apenas estaba empezando a tener ramas. Entonces se quedaron dormidas.



La princesa Elisa soñó que había una montaña y que por el pie de ella pasaba un río. Además pudo ver que la montaña era de pura roca y que en ella había un castillo con torres y con muchas ventanas, y en el sueño escuchó al árbol que le dijo: "Elisa, eres una princesa juiciosa. Sigue siempre así para que cuando tengas quince años vengas a vivir a este castillo que es para tí". Entonces se despertó dentro de su sueño y miró bien hacia la loma y comenzó a ver como si

alguien dibujara un castillo allá, del otro lado del río que pasaba por ahí.

— Eudocia, Eudocia, mira —dijo Elisa mientras movía a su amiga para que despertara.

— mmm, qué pereza, ¿por qué me despiertas Elisa? —dijo Eudocia.

— Mira, mira allá abajo, Eudocia... —contestó Elisa.

Eudocia se sentó y se restregó los ojos y dijo:

— Yo no veo sino el mismo río tonto que ya había visto antes .Mejor dile a tu papi que nos vayamos.

Elisa entonces se dio cuenta de que solamente ella veía la montaña de roca y el castillo. Pensó... "Ese es mi castillo encantado". Solo les contaré a mi papi y a mi mami... ojalá volvamos pronto por aquí.

Miró al arbolito y acarició su tallo. Dio una mirada más al



castillo encantado que se había dejado ver de ella, y las dos

princesitas volvieron corriendo porque el papi estaba metiendo las cosas en el carro para regresar a la ciudad.

Así fue como la princesa Elisa encontró su castillo encantado.



## Segunda Parte

### LA PRINCESA ELISA CONOCE A GONFI, EL ENANO ALEGRE

La princesa Elisa tuvo que esperar mucho tiempo para volver al campo, porque sus papás habían encargado un bebé y aguardaban que les llegara. Después tuvo que esperar otro tiempo hasta que se pudiera llevar a su hermanito. Al fin llegó el día de volver al campo. La princesa Elisa corrió sola mirando y contando pájaros, porque su amiga no quiso ir al paseo. Cuando se sintió cansada, volvió a dormirse debajo de un arbolito y otra vez vio su castillo.

El arbolito le dijo: "Mira bien; de pronto puede salir alguno de los enanos que lo cuidan." Y ella puso mucha atención.

Al cabo de un rato le pareció oír un ruido como de risas y vio que se movía un pedazo de roca frente a la casita más pequeña del castillo... Elisa estaba mirando atenta y entonces... un gorro rojo asomó por el hueco de la roca y luego unas manos se apoyaron en el borde y fue subiendo una cabeza que miraba para lado y lado... y al fin salió del todo un hombre pequeño con un balde en la mano y comenzó a caminar hacia el río.

"Se llama Gonfi; si dices su nombre, él te verá y entonces podrás preguntarle la historia del castillo", le dijo el arbolito.

¡GONFI!..., ¡GONFI!, gritó la princesa.

— ¡JaJaJa! ... miren una princesa de verdad!, dijo riendo el enano, y mágicamente apareció al lado de Elisa.



- ¿Sabes la historia del castillo?, preguntó Elisa.
- Sí, pero no puedo decirla sino a la princesa Elisa. Contestó Gonfi.
- Yo soy la princesa Elisa —replicó Elisa.
- JaJaJa, se rió Gonfi, y continuó:





— Ah, bueno, entonces escucha con atención la historia del Castillo Roca Blanca.

"Hace muchos, muchos años, por aquí había un bosque grande grande y en medio del bosque estaba el castillo Roca Blanca. Nadie que tuviera malas intenciones podía encontrarlo y fueron muchos los que se perdieron buscándolo.

En el castillo vivía un rey que se llamaba Frico, con su esposa y su hijita, la princesa Elisabeta. Y también por aquí había una casita pequeña en donde vivía mi abuela que era un hada del bosque y quería mucho a la princesita.

Un día, un rey de otro castillo supo que aquí vivía la princesa Elisabeta y mandó a sus soldados, a caballo, para que se la llevaran porque quería que se casara con su hijo. Ese rey era muy fuerte y mal educado y todo lo que quería lo tomaba a la fuerza.



Entonces mi abuela que supo de las intenciones de ese rey grosero, vino corriendo al castillo y le dijo al Rey Frico que huyera con su esposa y con la princesita.

El rey Frico salió en su caballo blanco con su familia, por un túnel que mi abuela conocía, y llegó a tierras lejanas.

Los soldados llegaron a las tierras de Roca Blanca y no encontraron el castillo, pero al ver a mi abuela le preguntaron:

— ¿En dónde está la princesa Elisabeta?

— Yo no lo sé. Dijo mi abuela. Tal vez por ahí jugando en el castillo.

Los soldados buscaron y buscaron y no encontraron ni castillo ni princesa y entonces se devolvieron muy aburridos porque su rey se iba a poner furioso.

Ese rey resolvió volver él mismo a buscar a la princesa Elisabeta y como nadie sabía en dónde estaba, entonces le dijo a mi abuela:

— Usted es una vieja hada y bruja pero yo tengo más magia y la voy a castigar: Cuando nazca el hijo de su hija, en lugar de un bebé lindo, tendrá dos gemelos enanos y feos.

Mi abuela se quedó triste porque ya estaba vieja, había perdido sus poderes más fuertes y su hija pronto tendría un bebé. Entonces llamó a su amiga, el Hada Verde, y le contó su problema.

El hada Verde estuvo pensando un rato y luego dijo a mi abuela:



— Yo no puedo deshacer la magia de ese Rey furioso, pero sí puedo darles muy buenas cualidades a los gemelos:

— Uno será alegre y siempre sonriente, y el otro será serio y estudioso. Ellos cuidarán el Castillo Roca Blanca hasta que aparezca otra princesita de nombre Elisa, que pueda jugar ahí.

Y así fue como nosotros vinimos a ser los cuidadores del Castillo Roca Blanca que existe en el país de los sueños y que pertenece, durante cada época, a una princesa que sea alegre y que quiera visitarnos en sus sueños y ayudarnos a cuidar la naturaleza.

El rey Frico llegó a tierras lejanas y allá la princesa Elisabeta se casó con un príncipe bueno y amigo de la paz.

Nunca volvieron al castillo pero sí mandaron a decir a mi abuela que por favor lo cuidara.

Entonces nos mandaron a nosotros a las casitas chiquitas para que viviéramos aquí...

— Cuando quieras jugar, solo llámame y vengo. Mi hermano Gonfo siempre está leyendo muy serio, pero de pronto quiere conocerte y también jugar un rato. Terminó diciendo Gonfi.

Así conoció Elisa al enano Gonfi, y supo la historia de su castillo encantado, el Castillo Roca Blanca.



### Tercera Parte

#### LA PRINCESA ELISA CONOCE A GONFO, EL ENANO SERIO

— Papi, papi, tenemos tres días libres. Hace mucho tiempo que no salimos al campo. Mi hermanito ya puede caminar, ¿por qué no vamos a pasear? —preguntó la joven Elisa a su papá.

— Mmmm... bueno, tienes razón. Vamos a pasear si tu mami no tiene problemas que se lo impidan —contestó el papi, amigo como siempre de salir al campo. Entonces se fueron todos en su carrito rojo.

Encontraron un lindo lugar con árboles y flores y un pequeño riachuelo de aguas que se veían azules porque el cielo estaba muy azul.



Entre todos armaron la carpa para dormir esa noche, sacaron las provisiones, y dejaron todo listo. Luego Elisa y Mateo corrieron un rato, recogieron flores para regalar a la mami y se detuvieron a mirar los gusanitos que aparecían en las plantas, sin tocarlos, porque el papi les había dicho que antes de tocar ningún bicho tenían que preguntar si lo podían hacer porque si alguno los picaba, iban a tener problemas.

Como Mateo no podía caminar rápido, ella lo llevaba de la mano para mostrarle las flores y las hojas rojas que empezaban a caer de los árboles y los bichos chiquiticos que se escondían debajo de las pequeñas ramas.



Entonces Mateo se cansó y se sentó, y su hermana Elisa decidió contarle cuentos.

Cuando le habló del Castillo Encantado, el niño escuchó un ratico y de pronto se durmió. La princesa lo acomodó y se sentó a su lado y ... claro que también se durmió.

Elisa ya no jugaba a las princesas pero amaba su castillo, y quiso verlo. Como hacía tanto tiempo que no dormía en el campo, tuvo que esforzarse mucho para distinguirlo detrás del viento y del polvo que tapaban la roca.

Al fin pudo verlo y al observar con cuidado le pareció que Gonfi estaba abajo, cerca del río, y lo llamó:

¡Gonfi!,... ¡Gonfi!...

— Yo no soy Gonfi. Él salió temprano. Tienes que venir después, por ahí a la hora de comer para que puedas conversar con él.

— Ah!, entonces ¡tú eres Gonfo! —dijo Elisa.



—¿Cómo sabes mi nombre? preguntó el enano que apareció cerca de ella.

— Pues mi amigo Gonfi me dijo que eras su hermano y que estudiabas mucho y a mí también me gusta saber muchas cosas. Dijo Elisa.

Y luego añadió:

— Por favor, cuéntame algo de lo que sabes.

— mmm... pues bueno... te contaré la historia de nuestro río...

— Sí, sí, contestó Elisa.

Entonces el enano Gonfo sacó un libro que tenía en su bolsillo y después de repasar en voz baja la historia, comenzó a contar a Elisa lo que su abuela les había enseñado de la historia del Río Cristalino. ....



"Pues... hace mucho, mucho tiempo, allá lejos, en el campo, al otro lado de esta montaña vivía una familia que tenía dos hijos...



Un día ellos jugaban en el bosque y de pronto el niño mayor, al pisar unas piedras, vio que debajo de ellas había tierra muy mojada; entonces llamó a su hermanito y entre los dos comenzaron a mover las piedras pero se cansaron y se embarraron mucho.

El papá los estaba buscando para que fueran a comer y ellos lo llevaron al lugar de las piedras mojadas.

— Bueno, bueno, volveremos mañana temprano a ver si todavía sigue esa agua ahí... —dijo el papá, y todos se fueron a comer.

Al otro día todos, pues también la mamá quiso ir a mirar el agua debajo de las piedras, llegaron temprano al lugar.

— ¡Papá, mamá, miren!, gritó el niño que había corrido más rápido. Sale agua, mucha agua...

— ¡Y es muy limpia! —dijo el más pequeño que llegó enseguida..

Entonces el papá limpió bien el camino que el agua iba haciendo y todos caminaron por la orilla hasta que... de pronto... desapareció el agua... y no vieron sino el piso seco de ahí para abajo.

— ¡Ah! —dijo el papá—. Estamos viendo el nacimiento de un río subterráneo. Lo vamos a llamar el "Río Cristalino". Quién sabe hasta dónde llegará por debajo del piso.....

El enano Gonfo terminó su historia diciendo:

Este río que tenemos aquí es nuestro río y resulta que es el mismo Río Cristalino que encontraron los niños del bosque cuando iba naciendo al otro lado de la montaña, hace mucho

tiempo. Allá nace y atraviesa la montaña para llegar hasta aquí.

— Y... de aquí... ¿para dónde se va? —preguntó la joven Elisa siempre con ganas de aprender más cosas...

— Pues los libros dicen que todos los ríos buscan su camino para llegar al mar... —le contestó Gonfo.

En ese momento la mami de Elisa los llamó para que se despertaran y fueran a almorzar.

Elisa se paró y fue corriendo a contarle al papi lo del nacimiento del Río Cristalino y a pedirle que la acompañara a mirar el camino de su río hasta llegar al mar ...

En el camino de regreso Elisa le dijo a Mateo:

— De mi castillo he aprendido que soñar es una buena forma de comenzar a vivir las propias aventuras. Y lo que esas aventuras nos enseñan, eso lo aprendemos estando despiertos, buscando en los libros, preguntando a las personas cercanas y a las que están lejos, y luego volviendo a soñar para ver con los ojos cerrados y la imaginación muy despierta lo que el mundo y la vida tienen para nosotros en nuestra época; porque todo va cambiando, como el río que nace en la montaña pero pasa toda su vida cantando mientras riega los campos y busca su mar que es lo que el mundo tiene para él...

Fin de

"EL CASTILLO ENCANTADO DE LA PRINCESA  
ELISA"

### III. EL TEJEDOR DE CANASTOS



Por Margarita María Niño Torres

Año de creación

2022



## ***Introducción***

Esta es la historia de un niño campesino llamado Chepe y de su madre Rosita.

Chepe llegó al mundo con problemas serios:

Total sordera del oído derecho que le hizo imposible ser un alumno normal de la escuela rural porque él no lograba entender lo que la profesora decía; a ratos entendía y a ratos ni siquiera la escuchaba hablar y, ni él ni la maestra sabían qué era lo que pasaba ni por qué.

Sucedía además que Chepe cojeaba mucho debido a deformidad en sus huesos de las piernas y esta debilidad causaba que creciera muy lentamente y con pocas fuerzas, de

modo que no rendía lo necesario para el duro trabajo del campo.

Pero no todo fue negativo. Chepe nació con una disposición muy clara para el tejido de canastos que había sido el trabajo tradicional en la familia de su mamá Rosita.

Con la buena colaboración de sus padrinos de bautismo y de las hijas de la madrina, quienes, además de descubrir el asunto del oído y de suplir las enseñanzas escolares, impulsaron su capacidad artística, Chepe salió adelante como un hombre culto, diseñador y hábil tejedor de bellas obras de cestería.

## **La familia de Chepe y nuestra familia**

Chepe es un niño que vive con sus papás en el campo. Cuando lo conocimos, Chepe tenía siete años.

Su mamá Rosita llegó a nuestra casa a pedirnos a mi hermano Arturo, quien casualmente estaba de visita ese día, y a mí, que fuéramos los padrinos del bautismo de Chepito y nosotros aceptamos.

Yo me llamo Ana y vivo en el campo con mis tres hijas Paula, Elisa y Lucía. Soy profesora y ellas estudian en la ciudad, pero nos gusta mucho vivir en el campo aunque tengamos que ir todos los días a Bogotá. No es tan lejos y hay buses que salen cada media hora para allá.

Nos hicimos muy amigos de Chepe y de sus papás, Alirio y Rosita.

Alirio es un trabajador del campo, muy fuerte y hábil.

Ellos viven en una casa pequeña de una finca cercana a la nuestra.

Alirio cuida las siembras, además de una vaca y veinte gallinas, que son propiedad de los dueños, y se preocupa por mantener la casa grande en buen estado.

Rosita, además de cocinar y arreglar todo en la casa, teje canastos de hoja de palma, cuando Alirio se la consigue en el pueblo. Su mamá y su abuela le enseñaron a Rosita el oficio y con la venta de sus canastos completa para lo que hace falta en la casa.

Un domingo, un mes después del día en que nos conocimos, se cumplió el deseo de Rosita.

Chepe fue bautizado con el nombre de '*José María*' que los papás ya tenían escogido desde que el niño nació.

Como a los que se llaman José se acostumbra decirles Chepe, nuestro amiguito se quedó para siempre con el nombre de Chepe.

Mi hermano le compró un par de zapatos y un balón y se los dio como regalo por su bautismo. Nosotras preparamos un ponqué y limonada para festejar con todos al regreso de la ceremonia.

Arturo viene a visitarnos cada quince días, a veces solo y a veces con su esposa y su hija Yolandita. En esos días Arturo el padrino, Alirio el papá y Chepe siempre juegan fútbol y conversan y se ríen mucho. Mis hijas les preparan limonada para la sed y Rosita me ayuda a preparar el almuerzo para todos.

## **La vida de Chepe**

Chepito tiene problemas. No crece mucho y cojea. Su papá Alirio lo mira y se le ve cara de tristeza, pero lo quiere mucho. El niño los quiere muchísimo a los dos y se siente muy orgulloso de su papá que es muy fuerte.

Después del bautismo, Chepe empezó a ir a la escuela más cercana. De todos modos es largo el camino y él se cansa

pero quiere aprender y madruga para tener tiempo y llegar antes de las siete, que es la hora del comienzo de las clases.

Cuando están en el salón de clase y la profesora les explica al frente de todos, Chepito le entiende, pero si la profesora se mueve por el salón, Chepito no puede comprender lo que ella dice.

La profesora se disgusta y da quejas a los papás. Chepito empieza a aburrirse y a tener miedo de que la profesora le ponga malas notas y de que sus compañeros se burlen de él. Entonces, el camino se le hace muy muy largo, porque en realidad él no aprende casi nada y por eso va perdiendo el gusto del estudio y el ánimo para hacer el esfuerzo de caminar con su cojera.

En secreto, Chepito le cuenta a su mamá que él no quiere volver a la escuela. Ella piensa que Alirio va a disgustarse, pero sufre mucho al ver a su hijito tan agachado y triste.

Alirio sí estudió, por eso se puso triste cuando Chepe no quiso volver a la escuela, pero no lo obligó porque entendió que era duro para el niño. Alirio puede leer el periódico, y contar las noticias.

## **Los viajes de Rosita**

Rosita no sabe leer porque su taita, como ella llamaba a su papá, allá en la tierra caliente en donde vivían, no dejó que fuera a la escuela porque decía que *'eso no sirve pa ná'* y las mujeres solamente tienen que cuidar la casa y a los hijos, y cocinar.



Ella sí quería ir a la escuela pero su mamá no podía ponerse en contra del papá y, además, tenía otros dos hijos más pequeños y necesitaba la ayuda de Rosita. Eran muy pobres.

Cuando Rosita cumplió catorce años, su papá empezó a buscar un marido para ella porque decía que ya tenía edad y que él no quería gastar más plata en alimentarla.

Un día de mercado, después de que el papá salió para la siembra, Rosita se vistió con su mejor ropa y metió la otra muda en una bolsa, junto con las monedas que tenía escondidas, y se fue al pueblo sin decirle a su mamá, para no hacerla sufrir y porque así hacían las muchachas que no querían casarse con amigos del taita, sino conseguir trabajo y ganar algo antes de meterse en eso de hacer una familia.

Rosita se subió al bus que iba para Bogotá porque así lo tenía hablado con dos amigas un poco mayores, para que le ayudaran a conseguir un trabajo en una casa de familia. Ellas la iban a esperar en el terminal o, si no estaba ninguna por ahí, Rosita buscaría una tienda especial llamada 'La Bodega', muy cerca.

La dueña de esa tienda, doña Lucrecia, era una señora amiga, del mismo pueblo de la mamá de Rosita, y Rosita la había conocido hacía poco, un día que acompañó a su mamá a Bogotá en plan de comprar palma para tejer canastos.

Esa señora habló de que ayudaba en eso de conseguir buen acomodo en familias decentes para las chicas jóvenes del pueblo y del campo.

Cuando, días después, su taita comenzó con lo de conseguir marido para ella, su mamá en algún momento nombró a la señora Lucrecia, la de la tienda La Bodega... sin aclarar por qué.

Todo esto recordaba Rosita y, cuando el bus salió del pueblo, se sintió tranquila porque entendió que su mamá la había llevado a Bogotá exactamente para eso, para que conociera a doña Lucrecia.

Ninguna persona conocida de Rosita se había subido al mismo bus. Solamente un hombre mayor con un mercado grande en dos costales.

Rosita lo conocía de vista, porque ese señor iba con frecuencia al mercado a comprar plátanos de baja calidad o demasiado golpeados y los llevaba en su costal. Ella había escuchado un día que contestaba que eran para alimentar cerdos en una finca de tierra fría en donde no se daba el plátano.

En el Terminal de Bogotá Rosita miró bien y esperó como una hora a ver si llegaba alguna de sus amigas, pero ninguna apareció. Entonces se echó la bendición y fue a buscar 'La Bodega' y a doña Lucrecia.

Cuando entró, Rosita vio que la señora Lucrecia conversaba precisamente con el señor de los plátanos encostalados que había viajado en el mismo bus que ella.

Rosita esperó un poco atrás pero la señora la vio, le hizo una señal al hombre de esperarla y se acercó a Rosita.

— Te recuerdo muy bien. Te llamas...

— Rosa, la hija de Ligia, su amiga —contestó enseguida Rosita.

— Te puedo ayudar en algo? —preguntó doña Lucrecia.

— Sí, en lo de ayudarme a conseguir un trabajo con una buena familia —contestó Rosita. Enseguida añadió:

— Pero termine de hablar con el señor y luego le explico.

La señora Lucrecia le dijo:

— Él se llama Alirio. Es un amigo mío y muy buena persona. Y además, quiero que lo mires y pienses en esto: él está buscando una mujer para formar una familia con ella. Es mayor pero no tiene hijos. Si tú fueras mi hija, yo te diría que es un buen partido para ti. Espérame aquí, no te vayas que yo le voy a hablar a él porque, en esto, lo mejor es hablar. No como hacen algunos: que el papá llega con alguien y sin más le dice a su hija: "éste es el marido que te conseguí. Arregla tus chiros porque te vas con él".

Rosita se quedó y cinco minutos después la señora Lucrecia le hizo seña de que se acercara. Entonces la señora dijo:

— Alirio. Esta es Rosita, la hija de una amiga mía. Tiene catorce años y su papá le está buscando marido, pero ella prefiere trabajar un poco antes de eso y también buscarlo ella misma en lugar de aceptar a fuerza el que el papá le impone.

Alirio miró a Rosita y le sonrió. Luego extendió su mano para saludarla. Rosita extendió también su mano.

— Buenas tardes, señorita Rosa —dijo Alirio mientras estrechaba la mano de Rosita.

— Buenas tardes señor Alirio —contestó Rosita.

Entonces Alirio habló:

— Yo la vi en el bus y pensé que alguien como usted era la persona que deseo para compartir mi vida —hizo una pausa y continuó:

— Si usted quiere podemos comenzar con un contrato de trabajo, sin nada más, mientras usted me conoce y se da cuenta de que soy honrado y decente. Digamos que por un mes, yo le pago como si fuera mi empleada para preparar la comida y arreglar el rancho, y no vivimos como marido y mujer. Solo si ambos llegamos a la conclusión de que nos conviene, entonces nos convertimos en pareja y empezamos a formar una familia.

— ¿Y, en dónde será ese trabajo? —contestó Rosita mirando los costales de los plátanos.

— Ah, cerquita de aquí. Una hora en bus. Es el campo y es tierra fría —contestó Alirio.

La señora Lucrecia intervino para decir:

— Yo le puedo prestar un saco de lana que le sirva por la noche, porque con cobija y todo se siente frío, sobre todo en el campo.

Rosita terminó:

— Bueno, pues empecemos como dice el señor Alirio. Con un contrato de un mes. Si no nos funciona, dentro de un mes vuelvo por aquí, señora Lucrecia, para que me ayude a encontrar ese empleo que era lo que yo venía a pedirle.

A lo cual Alirio añadió:

— En caso de que sí funcione, venimos juntos para nombrarla madrina de nuestro matrimonio.

Todos se rieron y acto seguido se despidieron de doña Lucrecia, y Alirio y Rosita salieron a buscar el bus para el campo.

Ya en la puerta, Rosita dijo en voz alta:

— *Cuando venga mi madre, usted le cuenta en secreto. ¡Que ni mi taita ni naiden más del pueblo se vaya a enterar!*

— Claro que sí. No se preocupe por eso, Rosita. ¡Que Dios los bendiga! —contestó la sonriente doña Lucrecia.

.....

## **Crece la amistad**

—¿Qué les parece si vamos todas a visitar a mi ahijado?  
—dije a mis hijas mientras les servía el almuerzo, y añadí:

— Rosita estuvo aquí y me convidó. Le prometí que lo haría y creo que a ustedes también les puede resultar interesante conocer la vida de la gente del campo.

— Pues no es el qué programonón, mami, —dijo Paula—, pero bueno, voy con la condición de que no me hagas comer nada allá. Estoy a dieta porque necesito que me quede bien el vestido que Nidia me va a prestar para la fiesta de la otra semana...

Elisa y Lucía, todavía niñas, fueron mucho más efusivas. —Sí, llevemos el bate y le enseñamos al Chepe a jugar béisbol —dijo Lucía contestando por las dos, mientras Elisa aprobaba con la cabeza.

Rosita había barrido el corredor y el patio de tierra de la típica casa de vivientes de una finca en la región. En un extremo, una pared cerraba el corredor y protegía del viento la cocina de leña, en la cual se veían algunas ollas curtidas por el humo. La otra punta y todo el frente del corredor daban directamente al patio. Solo las columnas de madera sostenían el techo de zinc. En la pared del fondo, una puerta daba acceso a las dos habitaciones de la casa y un par de ventanucos las iluminaban pobremente.

El corredor, que también era cocina, comedor y sala, constituía la zona social de la casa y allí estaban acomodados un banco rústico, dos butacas, un asiento con espaldar de cuero roto y una mesa apoyada contra la pared. Era todo el mobiliario y Rosita lo tenía dispuesto para la visita. En el suelo estaba el material para tejer canastos, tres ejemplares terminados y uno a medio hacer.

— *Sigan y acomódesen; eso sí perdonen la pobresía* —dijo Rosita mientras me ofrecía el mejor asiento. Sin perder tiempo, nos enseñó los canastos terminados, por los que Paula y yo nos interesamos mucho. Las otras niñas salieron al patio a organizar un diamante para el béisbol que pensaban jugar con Chepe.

Cinco minutos después Lucía gritaba,

— Por aquí, Chepe, rápido, rápido; oye, Chepe, ¿qué te pasa que no corres?

Mientras tanto, Elisa riéndose decía,

— ¡Así, así, Chepe, eso es!, mira para acá...

Tal alboroto hacían que tuve que decirles que se alejaran un poco con su pisicorre, porque no me dejaban concentrar en el tejido del canasto sin terminar que vieron al llegar, con el que yo comenzaba a practicar. Paula tomó el más pequeño de los otros tres y se puso a examinarlo con todo detenimiento, preguntando a Rosita sobre el orden del trabajo, sobre los colores de las fibras, sobre cómo se calculaba el tamaño,... parecía muy interesada en la artesanía de esta mujer campesina, pero no quiso comenzar a tejer nada sino que, al terminar su observación, salió para ver de cerca el juego de los otros tres.

Elisa vio a su hermana mayor y le hizo señas para que se acercara a su posición de catcher. Luego le dijo en voz baja, sin dejar de mirar a Lucía que estaba a punto de lanzar: “Me parece que Chepe es sordo de un lado, párate allá en primera y llámalo cuando no te esté mirando a ver qué pasa. Lucía cree que me prefiere a mí; no se ha dado cuenta de que es que no la oye”.

Paula desde la primera base, vio que Chepe acababa de tomar el bate en la mano y miraba a Elisa, que permanecía callada, en lugar de mirar a Lucía que le gritaba a más no poder. En ese momento Paula lo llamó:

— Chepe, mírame para decirte en qué momento debes correr —pero Chepe no dejó de mirar a Elisa hasta que ella le indicó que mirara a Lucía y le dijo que tratara de pegarle a la pelota. Enseguida Chepe se volteó y esperó para batear.

Lucía dijo:

— Es imposible jugar si Chepe solamente le cree a Elisa.

Entonces Elisa y Paula le dijeron que tomara el puesto de catcher y que Elisa lanzaría, para que ella no se cansara tanto de gritar.

Fue una gran sorpresa para Lucía el que Chepe estuviera pendiente de ella. “Como siempre mira hacia acá, será que quiere hacer de catcher”, concluyó para sí misma y le dio el guante y le explicó cuál era el oficio que ahora le tocaba.

— Estará bueno batear y correr un poco —dijo y se posicionó para recibir el lanzamiento.... y siguieron un rato...

— ¡Niñas, vamos, es hora de volver a la casa! —llamé a mis hijas.

— No digas nada por ahora. Después hablamos con mamá. —dijo Paula muy cerca de Elisa.

Lucía llevaba el bate, la bola y los guantes, y se quejaba de que nadie le ayudaba; por eso no oyó a su hermana mayor y se acercó diciendo:

— Rosita, pregúntele a Chepe cuál es el puesto que más le gusta del béisbol, porque no lo entiendo —y a su mamá:



— Al principio creí que era que prefería a Elisa porque él solo la miraba a ella, pero después me puse de catcher y solo me miraba a mí.

Se repartieron las cosas de llevar y emprendieron el regreso. Mientras caminaban, Lucía continuaba con su relato acerca del juego de Chepe:

— Además le da mucho trabajo correr con esas piernas torcidas...

Miré hacia atrás a ver si Rosita habría escuchado a mi imprudente hija, pero me tranquilicé porque ya Chepe y su mamá iban hacia el otro lado a recibir a Alirio que se veía venir de lejos. Al llegar a la casa, todas en la cocina, yo empezaba a hablar pero Paula no me dejó:

— Mami, pregúntale a Lucía cómo estuvo el juego de béisbol.

— Ya le oí que Chepe tiene las piernas torcidas y que no sabe correr... —dije y añadí:

— Qué pena pasé, pensando que Rosita te habría escuchado, Lucía. Tienes que ser más prudente.

— Es que Chepe es raro, mamá, como que en cada momento solo le gusta una de nosotras y a la otra ni siquiera la mira.

— No, mami, lo que pasa es que Chepe no oye por un lado —dijo Elisa. Luego continuó:

— Con Paula hicimos varios experimentos y siempre pasó lo mismo, el oído... "derecho" completó Paula.

— Sí, el derecho lo tiene completamente perdido. No oye nada por ahí —concluyó Elisa.

Yo suspendí lo que hacía para mirarlas con atención.

— ¿Es cierto eso, Paula? —pregunté a mi hija mayor.

— Sí, es cierto, repetí tres veces de ese lado y tres veces del otro y solo me miraba cuando lo llamaba por el lado izquierdo. Seguro que por el derecho no oye nada.

— Bueno, veré cómo se puede hacer algo. Pobres, ¡son tan buenos!. Es necesario ser prudentes e ir poco a poco para no hacerlos sufrir más de la cuenta. —Me quedé pensando un momento y continué:

—Rosita me dijo que a Chepe no le había gustado la escuela, que la maestra lo regañó y los niños se burlaron de él y que, para completar, la escuela está muy lejos y él se cansa mucho. Y que, cuando el pelado no quiso volver a estudiar Alirio solo dijo que ojalá aprendiera a trabajar. —Enseguida terminé con alguna lógica:

— Claro, si Chepito no oye bien y la maestra no sabe qué es lo que le pasa, creerá que es bobo o mal educado. Con razón el niño no quiso volver a la escuela.

— Ay, Dios, casi meto la pata —dijo Lucía—, pero era que no sabía! —reflexionó un momento antes de añadir:

— Y además no puede correr con esas piernas chuecas... pobre Chepe!...

Lucía se quedó pensando y, finalmente, con ademán decidido afirmó subiendo la voz:

—¡Yo le voy a enseñar a leer!

## **La herencia del tejido**

Volví a recordar los sucesos del día y a pensar en lo hablado en el rancho mientras los niños jugaban: además del dato de la escuela de Chepe, Rosita me había explicado lo de los canastos, de cómo los había aprendido a hacer con su mamá, por allá en tierra caliente, *“porque yo no soy de puaquí, yo nací cerquita del río Magdalena, en el campo, en una tierra bien caliente. Para ir al pueblo me tardaba una hora a pie y di’ái eran cinco horas en el bus hasta Bogotá”*, me había explicado Rosita

Luego me describió cómo sabían cortar las hojas en su punto, ni muy tiernas ni muy rejudas, y los métodos para que quedaran de distintos tonos y el arte de su abuela materna que nadie podía igualar y que había dejado unas cosas muy lindas: platos grandes y pequeños todos decorados, canastos especiales para huevos, otros canastos para frutas y otros de puro adorno, que ella lamentaba no haberse traído *“aunque juera unito”* cuando dejó su casa al escondido de sus padres.

Yo, mientras observaba la habilidad de Rosita, me sentía como una aprendiz ignorante de esa ciencia y de ese arte, y simultáneamente, mi mente aproximaba a cero la distancia presumible entre mis saberes y los de mi rústica amiga.

Pensé en la familia, en ese pueblo de tierra caliente, y quise saber si los había vuelto a ver.

—No, solo el Alirio me llegó un día que jue a Bogotá a comprarme la palma pa’ los canastos, conqué don Tiolo

*qu'es el que trae la palma, le contó que mi madre había muerto hace como tres años y además que a mi taita lo mataron después puallá en el monte.*

Finalmente Rosita mencionó que conoció a Alirio el día que se escapó y después no supo nada más de su propia familia.

— Y, por qué te escapaste? —le pregunté.

— *Eso es otra historia. 'Endespués' hablamos.* —Me contestó Rosita haciendo un gesto como de espantar mosquitos frente a su propia cara.

No insistí. Sabía que las muchachas campesinas suelen “volarse” con un hombre en cuanto ven posibilidades de escapar de esa vida tan dura y no era de extrañar que Rosita lo hubiera hecho. Eso sí, le dije:

— Otro día hablamos, Rosita. Rece un Padrenuestro por su padre y pídale a Dios por él. Eso le traerá tranquilidad.

Enseguida miré el reloj y me paré a llamar a las niñas.

### **Pedagogía intrépida**

Lucía comenzó esa misma tarde a buscar y organizar los elementos para emprender lo prometido: enseñar a leer a Chepe: Se hizo con un marcador grueso y cuanto pedazo de papel o cartulina encontraba, enseguida lo llenaba con una palabra escrita con grandes y separadas letras. Escogía las palabras de lo que veía: Los nombres de los miembros de su familia y de la de Chepe, las cosas del paisaje, las cosas de la casa; y cuando el papel era suficientemente grande le pedía a Paula que le pintara el objeto que correspondía.

Resolvió que primero le enseñaría las palabras que tuvieran hasta cuatro letras. Dejó listas, sobre la mesita de noche, doce palabras bien escritas en otros tantos papeles, antes de meterse en la cama con el pensamiento de ir por Chepe apenas se despertara; por suerte el día siguiente sería sábado y podía dar rienda suelta a su ataque de docencia prematura.

A las diez de la mañana del sábado, yo que llevaba el aviso ANA prendido con un alfiler en mi espalda, tuve que aceptar también, por cinco o seis ocasiones, que Lucía, llevando de la mano a Chepe me pidiera que me sentara en un butaco para que su ahijado pudiera verlo, leerlo y memorizarlo. Después lo desprendió y fue a ponerlo junto al retrato que estaba en la sala, pero no para terminar, sino para cambiarlo por la palabra MAMÁ y repetir todo el proceso. La mesa, una olla, un vaso, un palo, un pan, el tarro de la sal, y otros elementos caseros fueron sometidos a similar participación en la clase de lectura de Chepe, con excepción del gato que no aceptó tan blandamente el que le colgaran su aviso respectivo y para el cual Lucía tuvo que sustituir el original por un dibujo no demasiado perfecto que debió hacer ella misma, pues Paula estaba en casa de su amiga, adelantando los preparativos para la fiesta del sábado siguiente.

El domingo por la tarde, después de algo así como diez horas de clase de alta velocidad y posteriormente convertida en una cuasi "lotería estática, en la que Lucía, la maestra, enseñaba un cartón al discípulo y él debía decir o adivinar cuál era la palabra que el cartón mostraba.

— Mami, Chepe aprendió quince palabras hoy. ¿Cómo te parece? —me comunicó Lucía muy emocionada.

— Me parece que fue mucho, hija, el pobre se va a cansar.  
—Contesté.

— No, si él mismo quería seguir. Suerte que no vio las de cinco letras que ya las tengo, o si no, ahí estaríamos —me aseguró mi hija muy feliz.

### **Los ancestros de Chepe**

Habían pasado algo más de tres semanas desde el día de los canastos y primera clase de lectura; una mañana, mientras las niñas estaban aún en el colegio, vino Chepe a decirle a su madrina que su mamá estaba llorando y que fuera a ver qué le pasaba y, mientras yo, la madrina, le bajaba el fuego a las ollas y recogía la ropa lavada para que si llegara a llover no se mojara de nuevo, Chepe se había dedicado a mirar el periódico, a recorrer con el dedo uno a uno los renglones y a leer cada palabra conocida que encontraba. Llegué a la cocina, con la ropa de las cuerdas en los brazos, sin que él me sintiera, pues tenía su lado sordo hacia la puerta. Me llenó un sentimiento de ternura por mi ahijado minusválido, y de ternura unida a admiración y respeto por mi hija menor, quien estaba demostrando, sin proponérselo, verdadera y efectiva intuición acerca del método eficaz y un gran tesón en la aplicación del mismo para lograr lo prometido.

Dejé las ropas sobre el espaldar de un asiento e hice seña a Chepe:

— Vamos ahijado a ver qué le pasa a tu mamá. —Luego lo miré y le dije:

— Te felicito porque has adelantado mucho en lectura. —El niño se sonrojó por la emoción y empezó a caminar muy derecho hacia su casa, esforzándose por no cojear.

Al llegar, en cuanto apareció Rosita con expresión llorosa...

— Qué le pasa comadre?, está enferma? —le pregunté.

— Chepito, mijito, póngase a tejer canastos ahí, —dijo Rosita, sin responder a mi pregunta mientras señalaba un banco en el extremo del corredor en el cual el niño se acomodó enseguida y retomó un canasto que estaba comenzado.

— *Ansí no puede oyirnos, porque cuando toy de este lado no mi oye nada* —dijo Rosita con toda naturalidad. Al oírla, pensé: “Yo que pensaba cómo iba a decírselo y ella lo sabe quizás desde siempre”.

— Y ustedes no lo han llevado al médico para que vea si la sordera de Chepe tiene remedio? —preguntó Ana.

— *Y pa qué, si es el mismísimo defeito de mi taita. Ése era sordo de un lao al punto de qui un día, casi lo atropella un toro a pesar de que todos al tiempo le gritábamos. Hasta qu’iun vecino si adelantó corriendo y por el frente le dijo, “tírese al suelo, que la bestia lo mata”, y va mi taita y se tira como muerto y el toro apenas le pasó pu encima.*

Con la descripción del recuerdo de su taita y el toro, Rosita se había olvidado del motivo de su llanto. Continuó:

— *Mmm... mi taita también cojiaba. Qué mala pata la del chino, sacarle esos dos defeitos, endemás de lo chiquito,*

*como yo y también como mi mama que era bajita pero el Alirio no. —Hizo una pausa y luego de un suspiro, continuó:*

*— Venir el Chepe a salir como yo. Pobre pelao, ah, pero mucho que lo queremos y yo le pido a la Virgencita e Chiquinquirá que me lo cuide mucho —y de nuevo se puso triste y explicó sus motivos:*

*—Risulta qu’el Alirio no vino a dormir anoche. Y es qu’él anda con el deseo di otro hijo, di’uno que risulte güeno pal trabajo del campo. Claro que no dice que no quera al Chepe, pero lo mira como diciendo "Y éste pa qué v’a servir?"*

Al llegar aquí, Rosita miró a su hijo sentado tejiendo el canasto, completamente concentrado. Ella sonrió y continuó:

*— Ahora comadre va y mira cómo teje de retebonito. Ése me gana a yo. V’a ser como mi abuela de entendido pa’ ese arte.*

Al ver que yo me iba a parar, Rosita me detuvo y dijo:

*— Endespués, comadre. ahora conséjeme qui hago con el Alirio.*

*— Pues comadre, yo creo que usted debe esperarlo y oírlo a ver qué dice de por qué no vino a dormir. Si no llega de aquí a mañana, entonces toca pedirle a alguien que lo busque no sea que algo malo le haya pasado —le aconsejé.*

*— No, comadre, con lo chismosa qu’es la gente, si algo malo le pasa, ái mismo lo sabemos, pero si tá con otra, entonces*



*toos calladitos conmigo, pero con hartas risas y cuentos entr'ellos.*

*— Antes de traerme p'acá estuvo viviendo con distintas mujeres y ninguna le dio un hijo, pero yo sí, por eso se quedó conmigo too este tiempo. Ya casi diez años. Pero no ha tenío más hijos.*

*— Ahora lo veo como disisperao cuando mira al Chepe, sobre too si tá en el surco y le pide que haga alguna cosa de juerza, como sacar una piedra o una raíz medio grande quel pobre no puede. Por eso es que debe andar con la Ernestina. Buscando otro hijo.*

Yo le contesté:

— No, comadre, no se preocupe tanto, que Alirio va a volver y va a quererlos mucho más, a Chepe y a usted —y me sentía segura de que así sería—. Ahora miremos el trabajo de mi ahijado —dije y me paré para acercarme al pequeño tejedor.

Chepe había terminado el canasto, incluido un borde más grueso logrado con un alma de bejuco de rosa de enredadera muy común en la región. La obra era bella, en tres tonos de color café, con un diseño de zigzag en espiral desde la base circular, que también tenía un borde como el de la boca, hasta la terminación superior.

— Es un cesto muy lindo y muy útil para la ropa de lavar o de planchar: Si le haces una tapadera, lo podrás vender muy bien, —le dije mientras acariciaba la cabeza de mi ahijado, con verdadero afecto y con decisión de ayudarlo a salir adelante.

—Dios l'oiga comadre, —respondió Rosita. Se quedó pensativa un momento, suspiró con los ojos cerrados y luego añadió:

— *Eso sería muy güeno. Así Alirio se pondrá contento pensando que su hijo tiene cómo ganarse la vida y, tal vez, se le quite la desesperación ésa que le agarra cuando lo ve.*

— No lo dude, comadre —le aseguré, mientras golpeaba amistosamente el hombro de Rosita que ya había dejado de llorar y parecía recuperar su buen ánimo.

### **Progreso del alumno y trabajo del artista**

Pasaron dos semanas y Alirio seguía perdido. Nadie decía nada de él. Un sábado Chepe llegó a su clase de lectura y traía en una mochila un paquete envuelto en papeles que sacó con cuidado y misterio. Las niñas estaban pendientes, no pudiendo saber de qué se trataba, cuando desenvolvió el joto exclamaron sorprendidas: Ay, qué bonitas! ¡Mamá, mira lo que trae el Chepe!, llamó Lucía. Yo llegué a tiempo de verlo sacar cada una de entre las otras, cuatro canasticas de unos veinte centímetros de altura, similares a la grande que le había visto tejer en el corredor de la casa el día que visité a Rosita. Las puso en fila sobre la mesa, les acomodó las tapas y fue dando una a cada una de nosotras, mirando primero la letra que él había tejido al frente: A, P, E, L, que, respectivamente, eran nuestras iniciales.

Todas lo abrazamos y Lucía como loca, estaba emocionadísima de que sus clases comenzaran a mostrar tales alcances y después de que lo felicitamos y le ofrecimos

a Chepe limonada y galletas, ella recomenzó con mayor brío su oficio de maestra.

Verdaderamente, Chepe aprendía mucho más de lo que Lucía le enseñaba. Cada ocho días era capaz de leer nuevas palabras que él había descubierto por asociación y que traía escritas en el cuaderno de planas. Entonces se interesó por los números y Lucía inmediatamente buscó un montón de cosas pequeñas que tenía en un tarro: canicas, mararayes, tapas bonitas, carretes de hilo sin hilo, botones que se habían quedado sin ojos, y empezó a enseñarle los números haciendo montones, pidiéndole que contara y escribiera el número de cada montón en un papel al lado, como había hecho con las primeras palabras. En esa tarde, Chepe aprendió a escribir los números hasta 15. Hubiera avanzado mucho más si no fuera porque a Lucía le parecía que los números de memoria no eran nada, de modo que el obediente alumno siempre tenía que empezar por contar cosas, luego pintarlas en el cuaderno y entonces sí podía escribir el número 5 al lado del dibujo de cinco piedras o tapas o bolas...

Fue suficiente para el niño. Al sábado siguiente traía escritos los números hasta 30, al lado de bolitas que representaban papas, palitos por pedacitos de palo de rosa, figuras deformes que dijo que eran unas piedras. El cómo escribirlos lo había sacado en conclusión viendo cómo Lucía le había enseñado a pasar del 9 al 10, y luego al 11, al 12, ... etc.

Yo observaba todo desde mi oficio en la cocina y desde allí descubría la fuerza de la inteligencia de mi ahijado,

abriéndose paso con las herramientas que mi hija menor le iba poniendo a su alcance. Me sentí asombrada por los avances del niño, y orgullosa y emocionada por la lógica y el tino de mi hija.

Las niñas mayores se acercaron para ayudar también. Chepe, definitivamente ya no era analfabeta, comenzaba a ser ilustrado y además artista. Lo malo era que Alirio no volvía y Rosita estaba muy triste.

Esa noche llegaron Rafael mi amigo de toda la vida y mi hermano Arturo, cada uno por su lado. Una coincidencia que las mujeres de la casa, fundamentalmente las más jóvenes, aprovecharon para ilustrarlos acerca de las limitaciones físicas y de los progresos de Chepe, así como del abandono de Alirio.

Por la noche, cuando la casa estuvo en silencio, hablé a Rafael del asunto, de los temores de Rosita de quedarse sola y de la singular inteligencia de mi ahijado así como de su disposición artística. No mencioné la historia anterior de la comadre.

Rafael no dejó de manifestar su admiración por lo que nosotras habíamos logrado, con un dejo de reproche a sí mismo, al saberse marginado, por propia decisión, del proceso tan interesante desarrollado en ese pequeño mundo campesino, cuyos logros le hacían sentirse tonto al recordar los aires de orgullo que se había dado, con algunos triunfos superficiales y pasajeros que sus amigos le envidiaron.

## **Dos padrinos en acción**

— Bueno, hombre Rafael, para qué me trajiste hasta acá?  
—preguntó Arturo cuando Rafael estacionó su carro en el pueblo.

— Es que le dije a Ana que invitara a Rosita a vivir en la casa, al menos mientras aparece Alirio o se sabe que definitivamente no va a volver. Necesito llevar un par de catres metálicos para acomodarles el cuarto de las herramientas.

Arturo no disponía de dinero como para comprar repentinamente una alcoba y Rafael lo sabía, así que ninguno insistió en que el otro no debía pagar y esos juegos de cortesía tan comunes entre los varones de los estratos medios de la sociedad, sino que, dedicados a lo que tenían entre manos, gastaron media hora en elegir dos catres de hierro junto con sus colchones, almohadas y cobijas, que Rafael pagó, mientras Arturo los acomodaba en el carro. Enseguida regresaron al Espino, que así se llamaba la finca que habíamos tomado en arriendo por los días del bautismo de Chepe.

Chepe estaba esperando a su padrino Arturo, de modo que fue a él a quien saludó muy emocionado. Yo le dije que Rafael también era padrino y que podía pedirle un regalito por el bautismo de hacía más de dos años. El niño me miró incrédulo, yo le guiñé el ojo y lo animé con gestos para que le pidiera algo. Rafael se inclinó hacia mi ahijado y le dijo, mientras las niñas se alejaban un poco, tratando de no reírse, en compañía de Arturo.

— Bueno, Chepe, yo no pude estar aquí cuando te bautizaron, pero ahora quiero que me digas qué quieres que te regale, porque también soy tu padrino.

— Mi padrino Arturo me regaló un balón y unos zapatos...

— Y quieres otros? —ayudó Rafael— o un pantalón y una camisa bien bonitos?

— No, lo que yo *quero* es —Lucía interrumpió para decir con autoridad: Chepe, no se dice quero sino QUIERO. Repítalo bien.

— Lo que yo quiero es un cuaderno y un *piriódico*, — Lucía volvió a interrumpir para decir a su alumno: No, Chepe, no se dice piriódico sino PERIÓDICO. A ver, dí periódico. —Periódico, repitió el niño.

— Y para qué quieres el cuaderno y el periódico, —dijo Rafael que continuaba agachado mirando de frente a su ahijado recién adoptado.

— Son *pa mi* mamá.

— Para mi mamá, Chepe, no se dice pá sino para —volvió a corregir Lucía, que en su calidad de maestra no podía dejar pasar ninguna oportunidad de enseñar a su discípulo.

— Es que... yo quiero que ella también aprenda y le voy a enseñar lo que yo ya sé —explicó el ahijado.

Arturo y Ana se miraron. Ambos tenían los ojos llorosos. Quién puede creer que el conocimiento pueda llegar a significar tanto para un niño pobre que, lo que más desea,

por encima de juguetes, ropa y comida, es compartir lo que sabe con quien más ama.

Rafael también estaba emocionado. Abrazó a su ahijado y le prometió que al otro día le iba a mandar con Arturo todo lo necesario para que su mamá también aprendiera a leer.

— También quiere aprender los números, —aclaró Chepe.

Paula le dio un tirón a Elisa, ambas se acercaron y le dijeron a Chepe:

— Nos dejarías ayudarte a enseñarle los números a tu mamá? Porque tú tienes que tejer canastos bien bonitos y el tiempo no alcanza para tanto.

— Sí, se va a poner muy contenta. Voy a llamarla, —y Chepe salió corriendo al vaivén de su cojera, a traer a su mamá.

Mientras volvían, Rafael le dijo a Ana que el encargo ya estaba en el carro, que lo mejor era entrarlo antes de que llegaran. Mientras bajaban las camas, explicó que para invitar a Rosita a quedarse aunque fuera de vez en cuando, tenían que tener un cuarto listo porque lo que ella tenía en la casita no le pertenecía, además de que siempre esperaba que volviera Alirio.

Todos se apresuraron a armar los catres y tender las camas, sacar las herramientas al corredor de atrás y echar una barridita al cuarto.

Apenas se habían lavado las manos, cuando sintieron a Rosita que saludaba:

— *Güenos días compadres, ay, qué gusto de verlos puaquí.*

—Buenos días comadre, —dijeron al tiempo Rafael y Arturo y fue muy cómico. Todos se rieron.

Entonces Rafael le dijo muy serio:

— ¿Se acuerda de mí, comadre Rosita?, pues no crea que la he olvidado y tampoco al ahijado. Por eso vine ayer, apenas llegué de un viaje muy largo, para ver cuánto ha progresado nuestro Chepito.

— *Pos sí quiá progresao. Gracias a la niña Lucía ya sabe ler casi too. Y endemás le ha salido el arte pál tejido con palma. "y poniéndose la mano a un lado de la boca como quien va a decir un secreto añadió: — Se dimoró buscando algo pa traeles a los dos padrinos.*

Chepe que venía detrás, acababa de llegar con dos cestos medianos y sin palabras ni preámbulos les dio uno a cada uno de los dos padrinos hombres. Ellos recibieron su regalo y lo abrazaron. Yo hice entrar a Rosita a la cocina, los demás se quedaron afuera. Luego Lucía entró emocionada y me dijo:

— Vamos con el tío y con Rafael al pueblo a comer helados. Nos llevamos a Chepe.

— *Uy, cómo se sentirá de orgulloso el pelao* —comentó Rosita también emocionada.

Yo le conté la propuesta de Rafael de que se vinieran a vivir con nosotras mientras se sabía algo de Alirio. Así nos acompañábamos todos y lo de aprender a leer y a hacer cuentas, claro que sería más fácil.



Enseguida le mostré el cuarto que estaba listo y le conté que Rafael y Arturo habían ido al pueblo a conseguir todo lo de las camas.

Rosita estaba nerviosa y ruborizada, no podía creer que para ella, alguien hubiera comprado una cama nueva. Al fin dijo,

*— Pos comadre, cómo cré que puedo decir que no, tándo tan sola y tan triste y viendo estas camas tan retebonitas? Yo mi voy ya a cerrar el rancho y a trair los chiros y lo de los canastos qu'es lo mío. L'otro lo encierro con candao pá cuando el Alirio güelva o si antes llega el patrón y quere ver si tan toas sus cosas. —Yo la acompañé.*

Una hora después estábamos de regreso, porque además de guardar todos los trebejos, arreglamos y barrimos la casita y el patio. Después cerramos con candado y nos trajimos la ropa, los canastos terminados y las fibras disponibles y claro, los cuadernos, los lápices y el balón del Chepe. Rosita estaba tan ilusionada con las camas nuevas que no pensó en derramar ni una lágrima más por el Alirio.

Pasó más de un mes después de que Rosita y Chepe se instalaron en el Espino.

Los canastos se multiplicaban. Rafael estaba interesadísimo en todo ese proceso y había conseguido un comprador que encargó tres docenas para empezar. Averiguó lo de la palma y mandó a alguien a comprar toda la que pudiera, que estuviera ya lista para tejer en los pueblos de la región en donde la preparaban, de manera que no hubiera preocupación porque se acabara muy pronto.

## Una muy buena vista

Un sábado en la tarde estábamos todos en el frente de la casa, entregados al aprendizaje o a la enseñanza de la lectura y de los números, cuando Chepe mirando a lo lejos, se restregó los ojos, se paró sobre el butaco, y después de mirar atentamente gritó:

— ¡Mi papá!, ¡viene mi papá! —con una emoción y un sentimiento indescriptibles.

— *Uy, mijo, no siadelante, no vé que endespués le hace mal. Espere a que se pueda saber si es Alirio o no* —dijo Rosita a Chepe.

— Sí, es mi papá. Yo lo veo. Trae una vara en la mano, como *pa* espantar perros, pero es él.

— Cuál vara, Chepe?, —preguntó Lucía. Yo solo veo un bulto negro allá muy lejos.

Yo estaba segura de que el niño no inventaba nada. Le faltaba un oído, pero qué ojos tan buenos tenía. Decidí que lo mejor era esperar. Cinco minutos después, Rosita reconoció a Alirio mientras mis hijas y yo seguíamos viendo solamente una mancha. Rosita abrazó a Chepe y luego no pudo hacer nada aparte de apretarse las manos.

— Venga, comadre, ayúdeme a preparar una limonada, —llamé para distraerla un momento. Luego le dije a Chepe:

— Ahijado, por qué no entra los asientos y ordena las cosas del estudio, para que su papá vea todo bien organizado?

Así, cuando Alirio llegó a la puerta de entrada, todos estábamos dentro de la casa, como si no supiéramos nada. Yo le dije a Rosita:

— Comadre, déjeme yo salgo a saludarlo. Tenga aquí al ahijado hasta que yo venga con Alirio. Entonces que salga a abrazarlo.

— ¡Buenas tardes! —gritó Alirio.

— ¡Buenas tardes!, contesté y salí a su encuentro, mientras me limpiaba las manos en el delantal, como si no tuviera ni idea de quién se trataba.

— Compadre, ¡qué gusto me da verlo! Siga y descansa un ratico —dije amablemente apenas vi que Alirio pasó del portillo.

— No, comadre, yo sé que Rosita está aquí con Chepe. Le agradezco que les haya dado posada, porque no fue bueno eso que hice de dejarlos solos. Pero lo malo es que... es que quiero tener otro hijo, porque usted ve al Chepe... no parece hijo mío.

— Y consiguió eso que quería? Ya dejó por ahí un hijo empezando a formarse? —me interesé.

Alirio bajó la cabeza y dijo:

— No creo, y mejor no me voy a meter en problemas. Pero...

—Yo lo interrumpí para hablarle con firmeza:

— Compadre, óigame lo que tengo que decirle: el Chepe cojea y no oye de un lado, es chiquito, no alto como usted. Pero... ¿sabe?... puede mirar más lejos que cualquiera que

conozcamos pero sobre todo, es más inteligente que todos nosotros. Ya sabe leer y hacer cuentas y le está enseñando él mismo a Rosita.

Alirio me miraba como si viera espantos.

— ¿Cómo dice comadre?

— Sí, y además ese niño no va a pasar hambre. Es un artista para el tejido de canastos y quién sabe para qué más. Ya tiene pedidos que mi amigo Rafael, quien se convirtió en un segundo padrino le consiguió por allá en donde él tiene negocios y mi ahijado va a ganar plata.

Luego en tono confidencial le dije:

— Compadre, usted es buena persona, Rosita lo quiere mucho y Chepe lo adora. Déjese de buscar otros hijos. No ve que hay muchas familias con un solo hijo y no llegan más aunque los papás quieran? Arturo, mi hermano solamente tiene una hija, Yolandita, de quince años, y aunque quisieron, nunca les llegó otro.

Finalmente, porque íbamos llegando a la puerta de la casa, le hablé lentamente:

— Alirio, mire a Chepe, él es el hijo que Dios le dio a usted. Apóyelo. Llévelo a Bogotá y ayúdele a vender sus canastos y a conseguir los materiales. Siéntase orgulloso de él y vuelva con Rosita que lo quiere tanto.

Entonces hice una señal a Rosita y ella empujó a Chepe que vino corriendo a abrazar a su papá. Rosita muy feliz se unió al abrazo.

.....

Después de despedirse, los tres se fueron a su casa. Al oído le dije a Rosita:

— Si quiere comadre, mande a Alirio por las camas, por lo menos por la de Chepe. La otra se la puedo guardar aquí.



Fin de 'EL TEJEDOR DE CANASTOS'

\*\*\*\*\*